

# La vuelta

Jere Yatay



# Capítulo 1

Él.

Está sentado en el autobús. Con todos los demás.

Días enteros, que ellos viajan así. Les duelen terriblemente las piernas por estar quietos.

En las ventanas, la niebla es densa. Hace mucho frío afuera.

En el interior, el olor es sofocante. Todos estos soldados, exhaustos, sucios, lastimados, amontonados en sus asientos, con sus maletas a sus pies. Los hay también amontonados en el pasillo central.

Los olores de la suciedad, el polvo morbosos de las trincheras, se mezclan con el hedor de la sangre, de las heridas putrefactas. Heridas mal tratadas, no curadas, allí en el campo de batalla, o que se reabrieron durante el viaje.

Está sentado al frente. Sólo.

A la derecha del conductor, de frente a la carretera.

Por lo general, nunca se sienta al frente. Hoy no podría estar en ningún otro lugar.

Detrás, algunos duermen, charlan. Otros bromean entre ellos en un intento de aliviar su ansiedad por regresar.

Otros llevan días llorando en silencio.

No dijo nada, no dejó que se notara. Sus ojos se fijan en el camino, penetra su ojo hasta el iris, imprime una pincelada en cada curva, cada movimiento sutil, de costado.

Se sentó al frente porque quiere asegurarse de verla tan pronto como el

autobús pase por la iglesia del pueblo.

Si, ella está ahí. Si, recibió su carta.

La que escribió en minutos el día que se fueron. La carta que por fin había soñado escribir, después de todos estos años y que había estropeado por obligación.

Pero lo principal no solo estaba escrito, ya volvía a casa. Se imaginaba mucho este momento, todas las noches.

Antes de caer del cansancio a un sueño sin sueños como en los raros momentos de la limpieza, se aferró a este instante.

Para volver a verla. Abrazarla en sus brazos.

Ver de nuevo sus grandes ojos celestes y penetrantes, acariciar sus rizos castaños que caen en cascada hasta sus caderas.

Esto es lo que le permitió aguantar durante estos cinco años de terror, que le permitieron soportar lo indecible, no volverse loco.

En este momento, está tan nervioso que no tiene ni una uña para morderse.

Le gustaría que el autobús acelerara. Pero puede ver que el conductor está haciendo todo lo posible.

Y de repente lo ve.

El pueblo. Su pueblo.

El autobús ha salido del bosque y se dirigen a la iglesia. El que recorre los campos antes de llegar directamente a la plaza central.

Ve que la iglesia se acerca, su respiración se detiene, su boca se seca. Siente que su corazón está a punto de explotar.

Pero debe aguantar; después de todo este tiempo, no es el momento de pensar en rendirse.

Él llega.

Delante del autobús, en la plaza, una multitud de mujeres, niños, ancianos lo enfrentan. Están todos allí, en una impactante quietud

pictórica.

Cuando el autobús se acerca, José reconoce algunas caras.

Reconoce al frágil Señor Loreaux, encorvado sobre su bastón, apoyado en el robusto tronco del árbol centenario de la plaza.

Un puñado de niños pequeños juega tímidamente en los escalones de la iglesia.

La esposa de Emilio también está allí, con un cubo de agua a su lado, un trapo sucio colgando del bolsillo de su delantal.

Pero su esposa, ¿dónde está? ¿Dónde está Eva?

El autobús finalmente se detiene. Los frenos chirrían y las suspensiones cansadas del vehículo sacuden a todos los ocupantes, desequilibrando a quienes ya se han levantado de sus asientos, buscando a sus seres queridos.

Las puertas finalmente se abren: José corre hacia abajo, seguido de cerca por sus compañeros del infierno.

Al menos, los que no tuvieron tiempo de notar la asombrada reacción del público que retrocedió, como un solo individuo, cuatro pasos.

José, ciego a los murmullos de miedo que se transmiten de una mujer a otra a la velocidad de una corriente eléctrica, avanza, se abre paso entre la multitud, buscando desesperadamente a su esposa.

Aquella por quien quería sobrevivir, cueste lo que cueste.

- ¡Eva! El grita. ¡Eva!

-----

- Aquí estoy.-

Se acerca una mujer de rizos decolorados, mejillas descoloridas pero de mirada franca y fuerte. No muestra miedo ni disgusto.

Ella pide :

- ¿Quién eres ? ¿Quién es este hombre con su rostro desgarrado medio hundido bajo estos jirones de carne?

- Soy tu hombre. Yo soy tu José. Soy el mismo, responde él, con la boca

torcida, los labios envueltos en una masa de carne hinchada.

- ¿Y esta voz ? ¿De quién es esta voz rota, agrietada, rota?

- Soy tu hombre, soy tu José. Yo soy el mismo, golpea la voz velada, que sale de esa garganta podrida, de esas cuerdas vocales quemadas.

La mujer se da vuelta, se abre paso entre la multitud que la rodea, retoma su camino en sentido contrario:

una nube de seres colgando de los labios de Eva, □□mujeres un lado, soldados del otro, se quedan quietos, tratando de respirar lo menos posible para no molestar a estos dos, esperando una secuela.

Es entonces cuando el silencio, que se ha vuelto pesado y ansioso, apenas se rompe con el ronco crujir de una voz apagada y dolorosa con una articulación entrecortada:

- Tanto tiempo he esperado este día en que pudiera volver a acariciar la piel del pulgar sobre el delicado lunar con regular relieve. El que está escondido en el hueco de tu oreja izquierda, en tu lóbulo cerca de la base de tu elegante cuello de cisne blanco.-

Eva se detiene. Las manos en las caderas, siempre.

Se percibe un temblor que recorre su espalda hasta su cuello. Sus hombros se hunden lentamente.

Luego se da la vuelta, enfrentando la boca rota que había sido el hombre tan guapo, tan fuerte, con el porte de una cabeza principesca y conquistadora, que tanto había amado.

Aquel por quien tanto había rezado para que regresara. Ella abre los brazos, los extiende completamente hacia él y le susurra, con los ojos brillantes de amor:

- José, mi amor. Te esperaba, te esperaba.-

Él iba a decir algo, ella no lo dejó:

-Aquí estás por fin. Yo te cuidaré. Yo me ocuparé de nosotros. Vamos a casa.-

